

Notas

EPILOGO DE DON QUIJOTE

Lo que revela sobre todo la verdad de las ideas, es la riqueza en sus aplicaciones. De ahí el que las obras maestras de la literatura universal sean fuente inagotable de nobles empresas y estímulo constante de la inteligencia y el ingenio. Su mérito no consiste en un vano ruido de palabras desprovistas de sentido o en el arte de expresar sentimientos falsos por medio de palabras arregladas simétricamente, sino en una imitación fiel e ilustrada de la naturaleza.

Más de cuarenta años empleó Víctor Bérard en investigaciones sobre las obras de Homero, acerca de las cuales ha escrito catorce volúmenes para deducir que la Odisea es el resultado de un periplo, que es decir la relación científica de un viaje o bien de un epos o descripción poética. ¡Cuánta verdad en las descripciones y sentimientos de Homero! ahí no se hallará una imagen inexacta, ni un epíteto infiel. Si describe el aspecto de una comarca, de una isla o de una montaña, es siempre con rasgos que le son propios y que aún hoy mismo los hacen distinguir de los marineros. Todavía hoy es la verde Zacinto, el áspera Itaca y la arenosa Pylos. Si nos pinta las riberas de un arroyo o de un río, no se contenta con decirnos que están cubiertas de flores sino que nombra las que crecen ahí y las caracteriza con palabras tomadas de la naturaleza, mostrando siempre imágenes sensibles. Si hace hablar mujeres o guerreros, héroes o pastores, jamás les hace decir cosas que no sean conformes con su carácter y situación.

Virgilio, de mejor gusto aún, no cesa un solo instante de ser verdadero. Si se nos replica que es falso el episodio de Aristeo, del libro IV de las Geórgicas en que nos cuenta el renacimiento de las abejas, podemos argüir que ello es debido a los prejuicios de su época y fueron los errores de sus coetáneos la causa de esta falsa apreciación. Hoy sabemos que la hipótesis de las generaciones llamadas espontáneas existe desde la antigüedad griega, y sólo en el siglo pasado fue combatida victoriosamente por los trabajos de Pasteur, de tan vasta influencia en la biología moderna. Por lo demás, los episodios de origen pasional, tales como la desesperación de Dido, son de todos los siglos y de todos los países.

Con versos o hemistiquios del mantuano se ha formado una vida entera de la Virgen. Proba Falconia, ilustre romana del medievo, sacó textualmente de las obras del mismo autor, una historia completa del Antiguo y Nuevo Testamento; Lilio y Julio Capiluco hallaron asuntos para multitud de

composiciones relativas a cosas y casos contemporáneos. Y al cabo de dos milenarios, todavía se prestan los pensamientos y expresiones de la Eneida, las Bucólicas y Geórgicas a los comentarios más variados e ilustrativos.

El Venusino, si es verdad que tuvo menos voga entre los antiguos, fue en cambio el autor más leído, traducido y comentado desde el Renacimiento hasta nuestros días; y en los tiempos que alcanzamos, el público se entusiasma de preferencia con la poesía de Horacio, múltiple en sus formas, pues con pulso firme recorrió "la escala que lo llevó de la llaneza familiar de las Sátiras, pasando por la agitación de las Epodas, al luminoso y equilibrado lirismo de las "Odas", para emplear las palabras de nuestro distinguido compatriota Restrepo Millán, en su reciente libro sobre Horacio.

Algo muy semejante podemos decir de Dante y de Shakespeare.

En cuanto a Cervantes, a despecho y pesar de la índole española, tampoco le han faltado escoliadores en todas las épocas, a los que se han sumado, alemanes, ingleses y americanos, todos los cuales han mantenido vivo el culto por las bellezas inexhaustas del Quijote.

Por de contado que dichos comentadores han sido de todas clases: de los que consideran que en ese libro se encuentra todo lo que se desee, hasta los que quieren ver en las páginas del Quijote las más extrañas personificaciones. Al lado de Bowle y Clemencin; de Gallardo y Cortejón; de Hartzenbusch, de Menéndez Pelayo y Rodríguez Marín, comentadores insuperados del Ingenioso Hidalgo, campean otros que se han adentrado por los campos de la Gramática y el Diccionario como el erudito Don Julio Cejador y Frauca, o han explotado la riquísima cantera de la paremiología como Don Enrique de Cárcer y de Sobies, quien dedicó 666 páginas a hacer el comentario de las 3.500 frases que hay en el Quijote, desde aquella de "poner ojos en una persona", que aparece en la Dedicatoria, hasta la postrera en que Don Quijote, "entre compasiones y lágrimas de todos los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió".

Hace un buen porqué de años que La España Moderna publicó un estudio muy interesante sobre Lo Verde en el Quijote, en el que se pone de manifiesto la predilección que tuvo Cervantes por el color verde siempre que de esto se trata en su obra inmortal.

Nuestra patria, tenemos que confesarlo, no obstante su bien ganado título de letrada, no se ha distinguido como Cervantófila o a lo menos no ha dado muestras de serlo. Sólo de vez en cuando se ha pronunciado uno que otro discurso apologético sobre las excelencias del Quijote, pero no conocemos nada enjundioso acerca de este libro incomparable, que se haya escrito en Colombia. A veces hasta sospechamos que el número de sus lectores es bien escaso y que pueden ser aplicadas a nuestro público lector las siguientes palabras de Rodríguez Marín: "En muchas casas de hombres letrados o que por tales se estiman, no tienen esta obra admirable; y no hai cualquiéra, si no un inspector provincial de primera enseñanza (maestro de maestros, como quien dice), resistíase ahora ha dos años a que para el ejercicio de escritura de ciertas oposiciones a escuelas se dictara un párrafo del Quijote. "porque ¡esa obra, decía, está anticuada!"

El doctor Luis Eduardo Villegas, jurisconsulto y magistrado de vasta cultura, empezó la publicación de un florilegio con el título de Analectas del Quijote que prometía los más sazonados frutos espirituales; pero aquello no

se continuó y tenemos entendido que con el fallecimiento del autor, se perdió también la esperanza de que hubiera un trabajo completo sobre dicho asunto, pues parece que no se hallaron papeletas ni un estudio escrito, sino simples apostillas o notas marginales acerca de lo que le llamaba la atención a medida que leía y estudiaba la obra. (1)

A mediados del año pasado de 1939 publicó el doctor don José Vicente Castro Silva, insigne rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y Protonotario Apostólico, una obrecilla con el título Epílogo de Don Quijote sobre la cual vamos a escribir unas breves anotaciones.

A vueltas de comprobar que la cronología del Quijote resulta más corta de lo que a primera vista parece, el señor Castro Silva entra en consideraciones de distinta índole y en reflexiones morales del más vivo interés.

No hay duda que Cervantes, como todo autor de obras de ingenio hace uso de una cronología y de una geografía fantástica, y el tiempo de la fábula según el sentir de Antonio Eximeno, es tan imaginario como la fábula misma. No sólo Dn. Vicente de los Ríos, el autor traído y llevado por ciertos críticos de corta visión para oponer al señor Castro Silva, sino también Hartzbusch y Givanet han rectificado el itinerario de Cervantes y han formado sus diarios respectivos, sin que ello quite o amengüe en nada el interés del estudio de nuestro eminente compatriota.

Aparte el poco cuidado que el manco inmortal puso en todo lo que se refiere a fechas y lugares, de manera que muchos pusieron falta y dolo en su memoria, es muy de tenerse en cuenta la circunstancia que anota Castro Silva, del "crecido lapso que medió entre la primera y la segunda parte de Don Quijote. Diez años las separan en la realidad, por más que en la mente del autor fuera cortísimo el intervalo que hubo entre los sucesos de la una y los de la otra, o, como él dice, entre la segunda y tercera salida del Caballero de la Mancha".

Este mismo crecido lapso explica a nuestro juicio, y no los influjos del Quijote de Avellaneda, la diferencia tan notoria que se aprecia entre la ecología de la primera parte y la de la segunda, asunto que tan acertadamente trata el señor Castro Silva cuando dice: "para mí es de capital importancia el hecho de que en la Segunda Parte, Don Quijote ya no sufre a toda hora la oposición brutal de la ignorancia y de la rusticidad, sino que se las ha con gentes comedidas, amigas sin duda de bromas y de burlas pesadas, pero en general so capa de abundar en los mismos pensamientos e imaginaciones del aventurero de la Mancha".

Las reflexiones que hace el señor Castro Silva acerca del "bufón trascendental", calificativo que él le da a Don Quijote, son muy dignas de tenerse en cuenta y, sumadas a las consideraciones sobre los diversos linajes de lectores, salva la obra y bastan para que su autor pueda estar satisfecho de no haber escrito cosas triviales sino antes bien, de verdadera trascendencia.

Decíamos hace poco que no toda la segunda parte del Ingenioso Hidalgo se halla infuída por el de Avellaneda. En esto disentimos del concepto del señor Castro Silva. El mismo prurito de Cervantes en el Prólogo al Lec-

(1) Escrito lo anterior hemos sabido que recientemente se han publicado en Bogotá unos comentarios póstumos del Dr. José Ignacio Escobar sobre *El sujeto del Quijote*, obra que no nos ha sido dado adquirir por no haberse dado al mercado público pero que nos apresuramos a considerar muy digna de tenerse en cuenta, dadas las altísimas capacidades de su autor.

tor, de esta segunda parte, de hacer ver que los agravios no habrán de despertar en su pecho la cólera a pesar de los excesos a que llegó el de Tordecillas, es a nuestro entender señal evidente de que el libro de Avellaneda no fue conocido sino cuando el manco se andaba por los capítulos postrimeros de su obra. Con efecto; sólo después de la escena del capítulo LIX en que llegada la hora de cenar y recogido en su estancia Don Quijote oyó que por otro aposento decían: "Por vida de vuesa merced Señor Don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de "Don Quijote de la Mancha!..."; después de escuchar esto, decimos, ya Cervantes olvidó los cristianos propósitos del prólogo y no cesó de satirizar al supuesto Avellaneda hasta el fin de la obra, ya que al testamento mismo de Alonso Quijano el Bueno, le dio remate con aquella cláusula en que suplica a sus albaceas "que si la buena suerte le trujese a conocer al autor que dice que compuso una historia que anda por ahí con el título de "Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha", de mi parte le pidan cuán encarecidamente se pueda, perdone la ocasión que, sin yo pensarlo le dí, de haber escrito tántos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto de esta vida con escrúpulos de haberle dado motivo para escribirlos".

Hé aquí otra prueba de que Cervantes se andaba por las ramas en eso de averiguar el verdadero nombre de las cosas, cuando escribía, pues el título de la obra de Avellaneda no es el que él le da sino el siguiente: "Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que contiene la tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras".

Los influjos de Avellaneda, no sólo en forma de amargas vayas se advierten, del citado capítulo en adelante, sino en la trama de los acaecimientos y en la parte psíquica del aventurero manchego. Los escolios que al respecto trae el señor Castro Silva, son todos muy pertinentes y no hay para qué repetirlos. Debemos, empero, agregar que la forma de locura de Don Quijote es la de una paranoia altruista sistematizada en que los períodos de cordura son muy frecuentes y en que la sinrazón en el discurso y el delirio sólo aparecen cuando se toca el punto sensible. Ejemplo de ello nos lo ofrece el propio Cervantes en el cuento breve que el barbero endilga en el capítulo primero de la Segunda Parte y que tanto enfadó a Don Quijote.

A nuestro juicio y para terminar este apunte, la obrecilla del señor doctor Castro Silva a que venimos refiriéndonos, es de lo más interesante que se ha escrito entre nosotros acerca del Quijote y quizá lo de más meollo. Críticos de bajo vuelo han pretendido deslustrar el brillo de las páginas de este compatriota ilustre, haciéndolo aparecer como un plagiaro vulgar. Vano empeño. El que ha ilustrado la oratoria de El Rosario y de la Basílica Primada con magnas oraciones y, ya en plena madurez intelectual, empieza a dar al público obras como la que comentamos o como la que ha dedicado a justipreciar las excelencias de Monseñor Carrasquilla, no ha menester de andaderas y bástale su bien cimentada cultura para brillar con luz propia.

Damos las gracias a Monseñor Castro Silva por el valioso obsequio que nos ha hecho de su obra, y lo felicitamos vivamente por este aporte a la cultura nacional.

Emilio ROBLEDÓ

**Impresiones sobre el XVIII Congreso Mundial de
Estudiantes Católicos celebrado en New York.**

Lentamente, como si le doliese la armadura, el "Roma" se ha ido despejando de los muelles. Un clamoreo de pañuelos y de manos que se agitan, mitigada la inevitable melancolía de las marchas con la caritativa sonrisa de una suave hermandad, nos sigue deliciosamente durante varios minutos. En la lejanía se recortan los perfiles audaces de los rascacielos. Lápices gigantesco que tratan de escribir no sé qué nueva y extraña historia sobre el limpio anverso de un encerado azul. Quisiera desentrañar el sentido de esos signos, leer en la inmensidad del espacio y en la lentitud de las horas el destino de ese pueblo fabulosamente rico y fabulosamente ingenuo. Pero una preocupación más honda tuerce el rumbo de mi meditación. Entre esas manos, que desde la terraza del embarcadero nos envían con enamorada nostalgia la última caricia, hay muchas que sienten el ardiente latido de nuestra misma sangre. Sangre inquieta y rebelde, generosa y aventurera, impaciente de dolor y de gloria, sangre de Mendoza y Solís, de Pizarro y Hernán Cortés, de los gañanes sin nombre, ganadores de Imperios. Me he quedado silencioso, con delicia de leyenda en los labios. Un escondido rubor de historia me resuena por los entresijos del alma. Ni el ajeteo febril de Brodway, con su chillona policromía luminosa, ni la opulencia de la Quinta Avenida, con sus injertos de gracia europea sobre la máscara rígida de las formas rectangulares, ni el número, ni la masa, ni la técnica, han logrado sobreponerse a mi enamoramiento. Desde que, codo a codo, espíritu a espíritu, los jóvenes universitarios hispanos, congregados en Lima en una mañana radiante de mayo de este año de gracia y de victoria, abrimos nuestros toscos corazones de carne al beso del Amor de los Amores, vamos peregrinando por esos largos y atormentados caminos del mundo con una canción a flor de piel.

Extraña vida la nuestra, de rivales unidos en la galana contienda de superar el servicio y hacer más deleitoso el presente para la novia sin mancha que a todos nos regaló su sonrisa. Los caballeros andantes de la Hispanidad han pisado el asfalto de las calles febriles sin perder la rima ni el ritmo de su clamor escondido. Y han cantado por las travesías de Harlem aquella tonada que fue Teología en las sesiones de Trento para ser latido de gloria en el amanecer del Imperio. Igualdad de todas las gentes para ganar el Reino del Padre común. Nos miraban los negros desde sus democráticas tiendas con cierta nostalgia de la Verdad presentida. Porque iba lanzando al viento con nosotros su canción católica e hispana aquel mister Blake de Jamaica, que desde la tribuna de la Universidad de Fordham agitaba su mano de azabache y pedía el honor de ser llamado hijo de España.

Hombres de todas las latitudes acudieron al Congreso de "Pax Romana" en la áspera vigilia del dolor de Europa. Holandeses sencillos y mudos como los paisajes flamencos, angulosos colegiales de Oxford y suaves enamorados del Danubio y del Vístula, ucranianos silenciosos en la melancolía de su destierro, suizos abiertos e infantiles como las cumbres de sus montañas.

La inquietud del Mundo Viejo gravita sobre las almas. Y los ojos se

vuelven hacia los hermanos de fe que montan la guardia bajo la Cruz del Sur. Las gentes de la Hispanidad están hoy en la misma actitud que ayer, de oración y de milicia. Pasaron por Europa aires fáciles de ideologías rebeldes, turbias danzas de materia y de carne. Pero en castellano siempre se pudo rezar y decir la consigna de fidelidad y de combate al supremo capitán de Roma. Un estremecimiento sacude las Patrias de aquellos jóvenes y el Señor les llama a la contemplación de nuestra verdad. Ha tenido que ser entre rasca-cielos, al ruido de motores desarticulados y concierto de músicas primitivas, al sonar firme y alegre de la hora de España. Los universitarios católicos de los cuatro rincones del mundo han visto que la Hispanidad es una de las pocas cosas serias que quedan para los hombres.

Aquel bondadoso Obispo de cabellera plateada que, sin duda, se dejó olvidado G. K. Chesterton en su caminar por Occidente, monseñor O'Kelley, irónico relator de entrevistas con millonarios de West Point y dulce enamorado de las claras empresas de Dios, enseñó a todos los universitarios de América que la obra colonizadora de España, por encima de toda imperfección de detalle, es única en la Historia de la Cultura y que jamás pueblo alguno, empezando por los Estados Unidos, consumó hazaña mayor.

Pero los jóvenes soldados de la Hispanidad saben que no es hora de engalanarse con laureles, sino de herirse las manos y los pies con las zarzas del camino, largo, encrespado y duro, que aún resta para la victoria. Dios cuenta, no con un hombre, sino con veinte pueblos para ensanchar sus reinos y enseñar a todas las gentes.

Allá, en el patio de la mansión de España en Washington, en presencia de Nuestra Señora de los Reyes, de la bella imagen en mosaico que los "embajadores rojos" de un día tapiaron para que no viera la vergüenza de su mandato, nos conjuramos los luchadores de España y de la Cordillera y de la Pampa para seguir unidos, en clamor de Misión y de combate, con ansiedades de espíritu, la vía radiante de Santiago, el Apóstol impaciente de eternidad.....

Madrid, diciembre de 1939.

Joaquín RUIZ GIMENEZ
Presidente de **Pax Romana**

NUESTRA CULTURA EN EL EXTERIOR

Colombia está aún disfrutando un cómodo prestigio internacional adquirido en gracia de la labor intelectual realizada por nuestros escritores del siglo anterior. Y el "castellano arquitecturado tan armoniosamente y lleno de pureza idiomática" que un ensayista contemporáneo señala como distintivo esencial de nuestro mundo de letras, se ha encargado de conservarnos un alto lugar en la jerarquía mental del continente.

En este siglo nuestra nación ha gozado de un pecaminoso aislamiento cultural. Sin vinculaciones posibles, es lógico que sólo unos pocos autores nuestros posean ahora vigencia extranacional. Los intelectuales de las otras

naciones latinoamericanas ignoran los auténticos valores de nuestras dos últimas promociones y de la tercera apenas si adivinan más allá de Valencia en la poesía, de Rivera en la novela y de Sanín Cano y López de Mesa en el ensayo. Así, para disculparse de ignorar la cultura colombiana, hablan de nuestro peculiar estilo, el más densamente castizo de América.

Pero no es bastante que admiren nuestra manera de escribir, es preciso también que aprecien nuestra forma de pensar; que conozcan nuestros autores en sus más prominentes ediciones y sientan el álgico impulso cultural de ahora. Y para nosotros los colombianos tampoco debe ser satisfacción perfecta este prestigio marginal edificado con los veneros del idioma y consagrado ya en lengua tradición; anhelamos estructurarlo con la primacía que venga de nuestra capacidad creadora.

A ese ineditismo que hemos disfrutado tan ampliamente podemos señalar algunas causas explicativas: Primero, la pasiva ubicación de nuestros gobiernos frente a las manifestaciones culturales de la patria, su clásico desdén por nuestras más valederas estructuras mentales y su carencia absoluta de ánimo para estimular las agrupaciones intelectuales que aquí se organizan. Después, la inocua representación diplomática de nuestro país, la modesta significación cultural de nuestros representantes y el rol opaco de sus actuaciones, reducidas a frívolas recepciones en los días festivos de la nación. Y finalmente, el agrio medio que rodea al escritor colombiano y la total carencia de casas editoriales de alguna entidad que recojan nuestra producción intelectual y la divulguen por todos los senderos posibles, para bien de esta tierra hispanoamericana, tan urgida de solidaridad espiritual.

Pero una nueva etapa se apresura hoy para la difusión de la cultura colombiana. Sucintamente anotamos a continuación algunas de las manifestaciones culturales que tienden ahora a darnos un puesto superior en la zona intelectual de América.

Fue la Biblioteca Aldeana el primer paso hacia una cooperación y difusión intensa y extensa de nuestra mentalidad. Esta edición es una visión total de nuestra creación intelectual. Sus volúmenes fueron auspiciados por el gobierno nacional y repartidos profusamente por todos los ángulos de cultura de nuestro continente.

La Exposición internacional del Libro celebrada en Bogotá durante los festejos realizados con motivo del cuarto Centenario de su fundación, fue una noble fiesta del espíritu a la que asistieron prominentes personalidades de otras naciones, que luego llevaron a tierras extrañas el mensaje denso de nuestra cultura. Por esos días la Biblioteca Nacional, una de las más grandes en calidad y cantidad de obras, inauguró sus edificios, digno recipiente del pensamiento universal.

Además algunos eminentes colombianos diseminados por todo el continente difunden con amor nuestros valores, en un apostolado, no por callado menos loable. Entre ellos destacamos a García Prada, colombiano de presencia mental, quien desde su cátedra de la Universidad de Washington propugna por el conocimiento de nuestra estructura intelectual. Sus libros están hechos con este único objeto y "Antología de líricos colombianos" forma con "Luz que flota en el olvido", el mejor mensaje de nuestra poesía, editado para presentar nuestra ingente formación poética más allá de las fronteras.

Sus conferencias sobre literatura colombiana pronunciadas en México y Estados Unidos, llevaron a conocimiento de los americanos del norte la esfera superior de nuestra cultivación literaria.

Plinio Mendoza Neira, un fugado a nuestra empecinada lucha partidarista, ahora Ministro de Colombia en San José de Costa Rica, ha hecho una intensa labor de conocimiento de nuestra nación. Su "Noticiero Colombiano" órgano de la legación, presenta al país en todos sus aspectos en bellas entregas mensitarias. Un suplemento literario "Cuadernos del Noticiero Colombiano" se distribuye igualmente como vínculo perenne de la inteligencia centroamericana con la literatura de las últimas promociones colombianas.

Para próximos meses se proyecta en Buenos Aires, la sede más alta del pensamiento hispanoamericano, una exposición del Libro colombiano propiciada por nuestra Embajada en la gran nación austral. Es preciso resaltar la eficiente labor cultural del intelectual colombiano Javier Arango Ferrer, quien ahora dicta una serie de conferencias sobre literatura colombiana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, conferencias que serán librificadas muy pronto en la serie "Literaturas Americanas" que edita el Instituto de Cultura Latinoamericana de dicha facultad. Arango Ferrer figura en estas ediciones al lado de Luis Alberto Sánchez, Vaz Ferreira, Tristán de Athaide y otros.

Finalmente debemos una voz de justicia y loor a las revistas colombianas que como UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA, Revista de Indias y la del Colegio del Rosario, llevan periódicamente un acopio de cultura colombiana hasta todos los intelectuales y centros mentales de ambos continentes.

Este panorámico comentario sobre nuestra difusión cultural, pretende ser una lejana voz de aliento para quienes callada pero tenazmente están forjando el futuro prestigio intelectual de la nación. — G. H. M.



EL PENSAMIENTO FILOSOFICO A TRAVES DE LOS LIBROS

Las Facultades de Filosofía y de Teología del Colegio Máximo que la Compañía de Jesús posee en San Miguel, Provincia de Buenos Aires, Argentina, tuvo la plausible iniciativa de organizar una Muestra Bibliográfica de la Filosofía católica y de su posición en la filosofía universal, certamen que acaba de realizarse con éxito admirable en la capital argentina. Más de 5.000 volúmenes de filosofía se abrieron a la avidez de un público erudito, que apreció el inmenso valor de esta exposición, tal vez la de mayores proyecciones entre las muestras bibliográficas similares llevadas a efecto hasta hoy en el mundo. Su técnica organización, además del éxito inmediato logrado y de las perspectivas admirables de esta fecha ilustre para la animación de la cultura filosófica en América, nos permite ahora estudiar un ordenado inventario de la producción antigua y moderna del pensamiento universal a través de las páginas del excelente catálogo de la Muestra, que empieza a repartir profusamente el Colegio Máximo de San Miguel.

Por hoy nos limitamos a consignar nuestro ferviente aplauso por el espléndido resultado de esta fiesta intelectual, prometiendo para próxima oportunidad

un detallado análisis, una reseña más cabal, sobre tan trascendental acontecimiento. En *"La Nación"* de Buenos Aires, hallamos la breve y brillante crónica que reproducimos a continuación y que basta por hoy para informar a nuestros lectores sobre el valor del certamen bonaerense:

"Filosofía, del griego "amor al saber", debía tener una vasta y profunda tradición bibliográfica. Antes que las lecciones de los griegos fueran recogidas y transcritas, hubo las cátedras orales de Atenas. Pero antes, en todas las lenguas y en los caracteres más distintos: arábigos, chinos y egipcios; con las más diversas técnicas, desde el ladrillo de barro marcado a cuña por los caldeos, o antes y después, a través del incunable y la prensa de Gutenberg, de la pluma de ganso bien cortada de los ideólogos franceses, para llegar a la máquina de escribir de los modernos idealistas, se garabateó muchísimo por "amor al saber".

La vida, el ser y su ubicación en el mundo, con relación a un antes y un más allá, preocuparon al hombre desde el momento en que la caza y la defensa empezaron a dejarle un minuto de ocio. La detención de la vida, por él provocada en el animal cazado o en la fiera enemiga vencida, ha tenido que moverlo a meditaciones de carácter filosófico. Y si admitimos una pintura rupestre, en lo que no sabemos si llamar albos de la civilización o crepúsculo de la animalidad, habrá que admitir también una primitivísima filosofía interpretada y transmitida más o menos canónicamente por el médico o hechicero de la tribu.

El asirio que en las noches diáfanas de Babilonia paseaba su vista de una en otra estrella no pudo dejar a un lado su imaginación. Y si con la razón humana se construyeron sistemas para el conocimiento de un mundo creado antes del hombre y fuera de sus límites, es posible que a base de imaginación se hayan labrado misteriosas filosofías en la milenaria Caldea. Casi todos los ladrillitos con escritura cuneiforme que conocemos contienen anotaciones económicas, algo así como cuentas de almacén. No quedan documentos filosóficos de los caldeos. No por eso los neguemos. Como hubo en tiempos más cercanos un incendio de la biblioteca de Alejandría que carbonizó millares de textos filosóficos de los griegos antiguos, pudo también haber en Caldea alguna gran cocción de ladrillos filosóficos.

Toda la filosofía documentada actualmente, desde las épocas más remotas, y analizada por tendencias y autores en orden cronológico, ha sido reunida en la exposición bibliográfica de la filosofía católica y su posición en la filosofía universal desde los presocráticos hasta los modernos poskantianos. Pasan de cinco mil volúmenes y no llegan a seis mil los presentados. Al núcleo básico de la biblioteca del Colegio máximo de San Miguel, que es el que organiza la exposición, se han sumado dotaciones importantes de las universidades argentinas y extranjeras y el acervo destacado por prestigiosas instituciones, además de los envíos de más de sesenta editoriales.

Si el acto de las disputas filosóficas ha dado tanto que hablar el día de la inauguración, el material de la muestra en sí es mucho más interesante aún. Las piezas únicas en Buenos Aires, en el país o en América del sur, son abundantes en la exposición. Hay colecciones completas de gran valor, ediciones "princeps", incunables, manuscritos y documentos curiosos y raros.

Pero si eso basta para satisfacer la curiosidad de los coleccionistas, la ordenación del material y su explicación por medio de carteles, cuadros sinópticos y anotaciones cronológicas llenará un fin didáctico que será muy apreciado. El "amor al saber" tiene cada día más adeptos entre nosotros, como que sólo en un ambiente de cierta maduración filosófica podía realizarse esta muestra bibliográfica, hecha por primera vez en el mundo. El desarrollo didáctico previsto para la

misma por el Padre Quiles, profesor de filosofía del Colegio Máximo, y realizado por sus colaboradores con el apoyo del rector y demás autoridades, habrá de contribuir al fortalecimiento y extensión de esta inclinación a los estudios filosóficos, que en forma creciente se nota en la Argentina”.

EL ÚLTIMO LIBRO DE CARLOS GARCÍA PRADA

La vitalidad de nuestra cultura y sus millonarias posibilidades en el campo de la inteligencia hispanoamericana, tiene sus pregoneros admirables más allá de nuestras propias fronteras. Un núcleo selecto de colombianos, disperso en el exterior, condensa su energía espiritual en una atisbo permanente hacia el meridiano intelectual de la patria para incrustar sus emergencias más ilustres en el relieve de la cultura universal.

Carios García Prada pertenece a este grupo. Su amor a Colombia y a todo lo colombiano caracteriza el total movimiento de su noble espíritu. Ha sido múltiple y severa su labor de divulgador de nuestras letras en el exterior. En sus constantes y numerosas travesías por los centros de cultura superior de Norteamérica —país en donde ha ubicado su intensa capacidad de trabajador intelectual— lo hallamos siempre con su portafolio prieto de literatura colombiana que lee, comenta y divulga con fruición de enamorado por todas las cátedras y salones académicos de sus universidades.

En este fugaz apuntamiento sobre su estupenda empresa cultural, recordamos su ensayo sobre *La personalidad histórica de Colombia*, editado verbalmente en sus cátedras universitarias de los EE. UU., librificado posteriormente en nuestro país y ahora impreso de nuevo en los talleres argentinos del libro. Los dos volúmenes de su *Antología de líricos colombianos* aún hallan amplia resonancia en el mundo de la cultura iberoamericana. Hace poco, en charlas estupendas, narraba a sus auditorios de México y de la Universidad de Michigan, el ilustre episodio espiritual de Antioquia, sus costumbres y su expresión total en el panorama de la vida colombiana.

García Prada ha quemado ahora otra etapa en su admirable faena. Desde los talleres de la Universidad Nacional de México reparte su último libro, *Luz que flota en el olvido*, otra esmerada presentación del canto espiritual colombiano. Con un luminoso haz de sonetos nacionales ha querido trenzar nuestro autor un poema integral en que se totalice la expresión fecunda de la lírica colombiana. Sobre este tomo se empieza a rubricar una generosa acogida en todo el territorio espiritual de América. La expresión estética de García Prada nos ofrece en esta ocasión una nueva forma y un nuevo estilo de interpretación artística, que quizás pueda parecer un poco audaz o antojadiza a muchos de los que fugazmente hojeen estas páginas. García Prada es un artista, ante todo, y como tal ha empleado toda su libertad plástica para intentar una mayor espiritualización del trazo melódico de nuestros más acendrados liridos. Hace algunos días recibimos del propio autor una breve exégesis de su obra, que nos arrebató la prosecución de este comentario. La trascibimos íntegra para explicar el signo y el valor en la composición total de este tomo de versos colombianos. Dice así:

“Seattle, Wash. — Noviembre 19 de 1939.

Señor don

Germán Fernández Jaramillo

Medellín, Colombia.

Mi muy apreciado y distinguido amigo:

En días pasados tuve el gusto de enviarles a mis amigos de Colombia y de Iberoamérica sendos ejemplares de mi último libro, LUZ QUE FLOTA EN EL OLVIDO, que espero haya llegado a sus manos.

Quienes lo han recibido ya —con muestras de benevolencia y simpatía— se han mostrado un tanto alarmados por el nombre del libro y también por su subtítulo: “Poema colombiano”... etc., y como a Ud. puede también quizás *intrigarlo* el doble hecho, y como bien puede tener la intención de hablar del libro en las acogedoras páginas de la Revista de la U. C. B., voy a permitirme hacerle una aclaración, suplicándole que me disculpe, desde luego.

El libro no es una antología. Es algo muy personal. No queriendo volver a padecer el enojo de algunos compatriotas (que fue grande cuando apareció mi “Antología de Líricos colombianos”, y muy especialmente el de los poetas que no figuran en ella), y no hallando editor para una selección de 185 sonetos que tenía lista, cambié de plan...

Siguiendo la pauta del soberbio soneto de Pombo, “Dios”, que figura en el “epílogo” del libro, dividí 120 sonetos —unos excelentes, y casi todos perfectos— en cinco jornadas, que corresponden a las horas del día, que, a su turno, y como dice Pombo, “auguran y compendian” las hondas jornadas del “mortal camino”, convencido de que, en términos generales, esos 120 sonetos revelan casi la trayectoria espiritual de un colombiano de selección, y aun el de la vida colombiana así:

primero, el deslumbramiento ante la naturaleza ambiente: (“Mañana” pombeana... juventud del hombre);

luego, el afán erótico en sus diversas formas: (“mediodía”... plenitud vital);

más luego, la contemplación de los héroes y las obras nobles de los hombres: (“prima tarde”... plenitud mental);

en seguida, la melancólica contemplación de la muerte: (“ocaso”... decadencia vital), y

finalmente la elación hacia la Divinidad, una, trina, vital, LUMINOSA: (“la noche”... plenitud espiritual).

Ilustré el libro con dibujos simbólicos en los cuales quise representar los elementos primarios, —el fuego, el agua, el aire y la tierra— y también el hombre, la mujer, la familia, la vida, la muerte, y la Divinidad.

Y le dí al conjunto, —para señalar su unidad de pensamiento y de emoción, un título que surgió de un verso de Valencia (la poesía... es “luz que en el olvido flota”), por una parte, y por otra, del soneto “A la presencia de la poesía” de Pardo García, y del soneto “Alabanza de la Luz”, de Carvajal: en aquél (prólogo del libro), la poesía, “como la luz”, desciende...; y en éste, la luz, “en arcana música de silencios”, mana de Dios, y es imagen de su Gracia, ya que no la Gracia misma.

Y llamé “poema colombiano” esta selección tan personal, porque, para mí, y

por razón de recóndita y maravillosa sugestión poética e histórica, lo "colombiano" es lo del mundo de Colón:

Cristóbal Colón, el Descubridor....

Xristo-ferens.... Calumba:

¡El que lleva al Cristo, y con EL, la paz!

Bien pudiera yo haber hecho simplemente una "antología" —y la habría hecho si hubiese hallado auxilio alguno—, y bien pudiera haber recogido un buen número de sonetos de autores iberoamericanos, para el efecto que me propuse. Pero como hay tan buenos sonetistas entre mis compatriotas, y como los más de ellos son TOTALMENTE desconocidos fuera de Colombia, y como, ante todo, yo soy patriota de Colombia, me decidí, a publicar el libro tal y como salió: algo muy personal y que, según mi propio concepto, recoge el aliento poético de nuestro pueblo y revela sus entusiasmos, sus alegrías, sus tristezas, sus vuelos, sus caídas, sus amores, sus aspiraciones, y con todo ello, su fe en EL, uno, trino, vital, luminoso y eterno!

Y sin más por ahora, y suplicándole que me disculpe por haberle quitado tanto tiempo con esta aclaración, quedo de Ud. como siempre,

Atto. s. s., compatriota y amigo,

Carlos GARCIA PRADA

University of Washington. Seattle, Wash".

BIBLIOTECA DE CULTURA PERUANA

Patrocinada por el excelentísimo señor Benavides apareció recientemente en París una Biblioteca admirable, destinada a perpetuar las letras peruanas, bajo la dirección inmediata de Ventura García Calderón, ministro del Perú en Bruselas, y la colaboración de intelectuales de prestigio, que garantizan las excelencias de la obra que comentamos.

Doce volúmenes exquisitamente presentados, precedidos de notas bibliográficas y exegéticas constituyen la Biblioteca de Cultura Peruana. Su contenido abarca cuatro siglos de vida intelectual y literaria, magníficamente seleccionada por expertos críticos, desde los remotos tiempos del imperio aborígen hasta los más afamados autores contemporáneos, de relieve histórico.

Francis de Miomandre en *Nouvelles Littéraires*, y Arturo Capdevila en varios rotativos argentinos escribieron páginas extraordinarias para ponderar lo que significa, dentro de la realidad americana, la aparición de un trabajo de esta índole, y convinieron en exaltar la labor patriótica, tenaz e insólita de sus promotores.

Cuando Colombia inició una publicación semejante a la que ha emprendido el gobierno peruano, la crítica insensata combatió este esfuerzo y ridiculizó el empeño laudable de los promotores. La Biblioteca Nacional, sin embargo, acometió la tarea de publicar los cien volúmenes que hoy engrosan los estantes universitarios del mundo, y que pregonan, de manera inequívoca, el esfuerzo literario de los colombianos, la capacidad productora de nuestros ingenios y la emoción que nutre a las generaciones consagradas al arte.

Dejando a un lado estas consideraciones, que nos impone la justicia, decla-

ramos que la obra llevada a cabo por el gobierno peruano es altamente benéfica para los americanos y que cumple una misión imponderable de acercamiento universal insospechada. Porque los europeos que apenas sí conocen las Relaciones de Cortés y las narraciones maravillosas de Bernal Díaz del Castillo, y en los semanarios más señalados ven reseñado el movimiento literario de estos países, sinópticamente, se sentirán, al frente de sus páginas, ante un mundo inapreciable, castizo y emotivo, entre una literatura "imprevista y luminosa como el peto de colibrí que llevaban las momias en las huacas", según la frase certera de un letrado.

En esta verdadera enciclopedia literaria aparecen las más apasionantes páginas de la literatura quechua, lengua musical que hablaron los aborígenes de la costa pacífica, desde Tucumán a Pasto, en el vasto imperio de los incas. Los cronistas de la conquista y de la época colonial, los cronistas de los conventos; los místicos, los costumbristas y los románticos tienen aquí cabida, en forma metódica y sistematizada. Desde las fábulas primitivas hasta los Comentarios Reales, de tersura renacentista. Desde las escenas trágicas de Ollántay hasta los versos volcánicos de José Santos Chocano.

Para otra ocasión dejaremos algunas disquisiciones importantes que se nos ocurren al comentar esta Biblioteca admirable. Por ejemplo las relaciones entre "El Lazarillo de Ciegos Caminantes" de Concolorcorvo y "El Carnero" de nuestro escritor colonial Rodríguez Fresle, publicado 135 años antes, y otros tópicos emparentados con la literatura mística y satírica que demuestran la afinidad de nuestros pueblos.

Sólo nos resta agradecer el envío de esta publicación magnífica, enaltecer a sus iniciadores y regocijarnos con la aparición de una obra tan señalada, tan noble y americana. — J. L. A.



UNA TRADUCCION HUNGARA DEL POEMA DE JOB

En la última entrega —enero/febrero de este año— de la excelente revista de altos estudios literarios, *Libanon*, que se edita mensualmente en Budapest bajo el patronato intelectual de señaladas figuras de las letras centroeuropeas, publica el Prof. Paul Rónai una traducción húngara del Poema de Job, de nuestro Valencia. Es esta la primera versión que a dicho idioma se hace de una obra colombiana.

El Prof. Rónai es uno de los más eminentes colaboradores de la famosa Nouvelle Revue de Hongrie, y como tal ha conocido y apreciado noblemente las ediciones de "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA" que llegan periódicamente a su redacción. Del primero de nuestros *Cuadernillos de Poesía Colombiana* ha tomado el texto español del magnífico poema de Valencia para verificar su traducción. Para fines de año se propone entregar a las prensas de su país una antología del verso colombiano, *Columbiai koltók*, para la cual asegura un suceso intelectual superior al logrado con su reciente colección de poesías modernas del Brasil, *Brazilia üzen*, de admirable resonancia en los círculos literarios de la Europa Central, en donde es casi totalmente desconocida la expresión lírica suramericana.

Acentuamos con alborozo esta noticia y este anuncio del Profesor húngaro, finísimo anfitrión en tan apartados meridianos del canto espiritual colombiano, al cual considera, son sus propias palabras, como el de máxima expresión entre todos los países americanos de habla española. Con legítimo orgullo registramos nuestra contribución a tan estupenda resonancia de las letras nacionales a través del viaje continental de las ediciones de la revista.

ENTREGA ESPECIAL DE NUESTRA REVISTA

El próximo 20 de julio abrirá la Embajada de Colombia en Buenos Aires la primera exposición del libro colombiano en la gran urbe bonaerense, bajo los directos auspicios de nuestro gobierno y la cooperación de las principales entidades culturales de la Argentina. Como una contribución especial de nuestra parte al realce de esta fiesta espiritual, haremos circular en esta fecha una edición extraordinaria de UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA dedicada a la inteligencia argentina. Para estas páginas de homenaje hemos asegurado la colaboración de prestantes firmas nacionales y extranjeras, especialmente de la gran República del Plata, país en donde ha encontrado nuestra revista la más cordial y generosa acogida; catedráticos y ensayistas ilustres de Buenos Aires, La Plata, Tucumán y Córdoba han asociado ya su nombre al prestigio de estas ediciones, contribuyendo así a una gozosa demostración de la admirable cohesión espiritual entre nuestros dos pueblos. Este contrato y esta comunicación cultural es lo que nos proponemos afianzar día a día.